



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

CONFERENCIAS GEOGRÁFICAS PARA LOS NIÑOS

EL GLOBO TERRÁQUEO

Amantes por extremo de todo cuanto pueda contribuir á inculcar ideas y conocimientos útiles en la lozana y fresca imaginación de los niños, preparándoles para lo futuro en todos los ramos del saber humano, entre los cuales se cuenta, en primer término, el recreativo estudio de la Geografía, y considerando que en LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA puede ser de gran utilidad para aquel propósito la inserción de algunas conferencias que puedan estimularles á cultivar con provecho estos conocimientos, no dudamos que nos agradecerán la agradable tarea que nos hemos impuesto, por más que para desempeñarla dignamente, no contemos con la ilustración necesaria, aunque sí con buena voluntad. Fiando, pues, de antemano en la benevolencia de los lectores que sean capaces de resistir nuestras empalagosas descripciones, entremos en materia, principiando por una explicación general, pero sencillísima, y en consonancia á nuestro objeto, del planeta que habitamos, ó sea la Tierra, morada transitoria del hombre.

Es la Tierra un inmenso globo, aislado

en el espacio indefinido, que tiene dos movimientos: uno alrededor de su eje imaginario, sobre el cual verifica una vuelta completa en 24 horas próximamente, y en el sentido de Poniente á Saliente, que se llama *movimiento de rotación*; y otro que verifica en el espacio de un año alrededor del Sol, que es el centro de nuestro sistema planetario, describiendo una órbita inmensa en forma ovalada, y que se llama de *traslación* ó de *revolución* alrededor del Sol. Estos dos sorprendentes movimientos pueden comprenderlos nuestros jóvenes lectores por medio de los siguientes ejemplos prácticos, que aunque tengan ribetes de vulgares, ellos aclararán las dudas que puedan abrigar, que es nuestro principal objeto.

Para el movimiento de rotación, supóngase que se atraviesa una bola con una varilla, pasando por el centro de aquella, y que dos niños la sostienen por los extremos, el uno colocado de espaldas al Norte, y el otro de espaldas al Sur; este último sostiene el extremo del eje con la mano izquierda, y con la derecha la imprime un impulso de rotación, hácia su derecha también, ó sea en el sentido de donde nace el Sol. Este movimiento es el que se llama de *rotación*.

El movimiento de traslación se comprenderá con la misma facilidad, fijándose en la vuelta que verifica sobre sus piés una pareja que baila un vals, pero que al mismo tiempo se vá trasladando y recorre la circunferencia de la sala: esta vuelta puede considerarse como el movimiento de *traslación* de la Tierra, si un director del baile la obliga á que precisamente siga un camino fijo, cuyo director puede considerarse, ocupando el centro mismo de la sala, como si fuera el Sol. Resulta, pues, que la indicada pareja verifica los dos movimientos de la Tierra: el que hace girando sobre sus piés es el de *rotación*, y el segundo, al recorrer la sala, el de *traslación*.

Y ahora preguntarán nuestros infantiles lectores con su natural curiosidad: pues si la Tierra, siendo tan grande, dá una vuelta completa sobre su eje en el corto intervalo de 24 horas, ¿por qué no se desprenden de ella los cuerpos que se hallan en su superficie? A esta pregunta, que estará muy en su lugar, les contestaremos, haciéndoles observar, y prescindiendo de otras teorías que no son de este sitio, que no se desprenden porque todos tienen una constante tendencia á caer hácia el centro de la Tierra, como se observa cuando arrojamós hácia lo alto una piedra, que después la vemos caer; y si fuera posible que en su descenso atravesara las capas terrestres, se depositaria precisamente en el centro del planeta, sin que de allí pasara, como sucedería á todos los demás cuerpos que pueblan su superficie, cayendo también en las mismas condiciones. Todos ellos tendrían allí el término de su camino ó itinerario, cayendo al mismo, ó diferente tiempo de todos los puntos de su casi perfecta redondez.

Hechas estas, al parecer, triviales observaciones, pero útiles en nuestro concepto al objeto intuitivo que nos proponemos respecto á la ciencia geográfica, por ser muy interesante conocer los movimientos de la Tierra antes de describirla, pasaremos á dar una idea sencilla de su figura y dimensiones y de los continentes y los mares, cuyo admirable consorcio constituye el globo terráqueo, y cuyo estudio tanto llama la atención de los niños.

Para que las ideas se fijen con más faci-

lidad, hemos dibujado un mapa-mundi, que acompaña al presente número, el cual debe conservarse para su consulta en las conferencias futuras, que contribuirán, tal vez, á despertar en los niños la afición á los hoy interesantes estudios geográficos, por desgracia nada adelantados en España.

J. P. MORALES.

EL DESIERTO DE SAHARA.

(CONCLUSION.)

Afortunadamente en los últimos años, Rohlfs y algunos otros viajeros atrevidos han recorrido aquellas regiones, después de afrontar mil inconvenientes y peligros, y han desmentido las exageraciones que antes se admitían como noticias exactas y verdaderas. Segun estos generosos geógrafos, en medio del Sahara se levantan algunas montañas de bastante extensión; y los oasis, ó sean ciertas mesetas, á modo de islas, en que hay hierbas, árboles y manantiales, son más numerosos de lo que antes se creía. Los ríos que corren por las llanuras son muchos, y algunas veces caudalosos, si bien se ocultan en ocasiones entre las arenas, y solamente se observa su existencia en verano por las huellas de las caballerías ó haciendo en el suelo un hoyo de poca profundidad. En el estío la temperatura se eleva durante el día á muchos grados, tanto que enterrando huevos entre las arenas se cocen perfectamente; pero por la noche desciende de una manera considerable, y en invierno se llega á sentir un frío intensísimo. Como generalmente el terreno es muy llano ó solo ofrece ligeras ondulaciones, los vientos circulan y se agitan con facilidad, y su furia es tal que levanta las arenas y forma capas de un pie de espesor, pero no llega nunca á enterrar á hombres y animales con masas que parezcan montañas ni mucho menos. El vendaval

abrasador, ó sea el célebre Simun, es un aire insoportable que levanta inmensa polvareda y oscurece el sol por algunos minutos, y sin embargo, nunca llega á ahogar ó asfixiar á los seres vivos, según venia creyéndose.

Esta planicie sin ejemplo está como ya venimos indicando, cubierta de arenas rojas y de muchos y á veces extensos lagos, que se secan durante el verano. Las montañas son de un color oscuro y triste, y tanto en estas como en los llanos se hallan á cada paso petrificaciones, conchas y numerosos indicios de que estuvo antiguamente inundado el desierto por un mar, que desapareció por haberse ido elevando el terreno y por la acción del calor solar. La sal que cubre gran parte de la superficie parece confirmar esta opinión. La seguridad de que en muchos puntos forma grandes hondonadas, ha dado origen al proyecto de inundar el Sahara, concebido y estudiado pocos años hace, y claro es que de poderse realizar sería un gran bien para España, porque el aire solano, que tantos daños causa á las provincias meridionales, vendría cargado de humedad, y lejos de producir espantosas sequías, fecundaría los campos de Andalucía, Murcia y Valencia con lluvias copiosas. En cambio muchos temen que en otros países el frío y la humedad serían excesivos.

Las producciones del Sahara son nulas en los puntos en que no hay aguas: en cambio, donde aparecen estas crecen hermosas palmeras y brotan plantas en abundancia, algunas de las cuales sirven de sustento á los naturales. Como no llueve jamás en ciertas comarcas la sequedad del aire es extraordinaria, y los cadáveres se petrifican y no llegan á descomponerse.

Claro es que en tales sitios no puede haber seres vivientes, sino cuando el viajero los cruza lleno de sobresaltos y temores, ansiando llegar á algún oasis para descansar de sus fatigas y encontrar seres humanos. Los que habitan en el país, son de color bastante oscuro, sin confundirse con los negros: cultivan algunas plantas y ejercen ciertas industrias como la herrería y el curtido de cueros; profesan por punto general la religión de Mbahoma, se hallan constituidos en tribus más ó menos bárbaras, y utilizan á veces su agilidad y su destreza para robar á las caravanas y dejarlas en el más espantoso abandono. Estas gentes, más feroces que los leones, tigres y otras fieras que allí viven, pertenecen á dos familias: la de los *Tibbar* y la de los *Tuariks*. En el Occidente del desierto se encuentran algunos moros y al Norte bereberes.

B. F. M.

LA PROCESION DEL CORPUS

Continuacion (1).

Sus ruegos nos subyugan; su llanto nos conmueve; su sonrisa inunda de gozo nuestros corazones.

La hija mayor del alcalde era una preciosa rubita de diez años, blanca y rosada, vestida con un lindísimo traje de seda azul, adornado de puntillas blancas, y que causaba el mismo encantador efecto que un hermoso cielito de primavera.

Sus dorados rizos eran los trémulos rayos del sol naciente; sus ojos negros y pensativos, la irradiación de límpidas estrellas; su rostro de nieve y rosa, las tintas de la aurora; el azul de su vestido, aquel que el espacio tan delicadamente nos envía; las blancas blondas de que estaba guarnecido, esas ligeras nubecillas que en las mañanas de Mayo bordan el cielo, y que se disipan con tanta rapidez como se seca el llanto en las

(1) Véase la pág. 149.

tersas mejillas de un niño, bajo los amantes besos de su madre.

La niña, tan impaciente como sus hermanitos por ver la procesion y lucir el lindo traje que estrenaba, abría y cerraba con sus pequeñas manos, ya pretenciosamente cubiertas de guantes blancos, su abaniquito de marfil con paño de seda azul, y sus rápidos movimientos de cabeza confundían sus flotantes y dorados rizos con las blancas plumas y las lazadas azules de su sombrerito de paja.

Lejos del grupo que formaban el alcalde, su esposa, los tres niños, la niñera, que había de conducir en brazos al más pequeño, y la especie de pajecillo que hubiera de dar la mano al otro, sin que de esta escena de alegría, de impaciencia y vanidad llegara á ella más que el ruido, sentada en un ancho sillón y vestida con un modesto traje de estameña, se hallaba una anciana de rostro melancólico, blancos, muy blancos los cabellos, y cuyas facciones inmóviles, no impasibles, manifestaban que se había quedado ciega.

La lógica de los hechos, más inflexible que la de los razonamientos, había convertido á aquella pobre anciana en un sér casi nulo, sin voz y sin voto en la casa donde diez años antes era absoluta señora.

La alcaldesa, sin ser una mujer de malos sentimientos, poseía un carácter dominante y obstinado; y como su esposo, que la amaba ciegamente, que sufría el dominio de su poderosa hermosura, no veía más que con la luz de sus ojos, halló muy natural que con el plausible pretexto de ayudar á la abuelita en sus faenas domésticas, se la fuera despojando paulatinamente de todas sus atribuciones, y relegándola, á ella, que á más de madre del alcalde era la dueña de la mayor parte de la fortuna de éste, al triste papel que representan los ancianos, cuando ya son inútiles para el trabajo, en el interior de la mayor parte de las familias de obreros y labradores.

El alcalde, que mientras fué soltero había amado y respetado á su madre, siguiendo siempre sus sanos consejos, dominado por el carácter imperioso de su mujer y por el ciego amor que la tenía, no adivinaba los tormentos de su pobre madre, ni se cuidaba de leer en el fondo de su alma to-

das las amarguras que la ocasionaba su desvío.

El alcalde tenía otro hermano menor, que apenas entraba en la adolescencia cuando él se había casado, y que siendo el más joven, de tan simpático y expansivo carácter como bella figura, era amado por su madre entrañablemente; amor y predilección que la esposa hizo notar, despertando animosidades y envidias.

Estos dramas íntimos, estas luchas latentes, que amargan el interior de tantas familias, á quienes la generalidad cree unidas y dichosas; estas sordas pasiones, que hierven y se agitan sin llegar á estallar, constituyen en nuestra sociedad los verdaderos dolores y escollos de la vida.

Al llegar á los veinte años aquel hijo adorado de su madre, y al que la ley ponía, como menor, bajo la tutela de su hermano, no pudiendo sufrir ni la apatía de éste, ni el despotismo de su cuñada, ni el pasivo papel á que habían reducido á la anciana, se fué á Ultramar, con el firme propósito de no volver hasta que no fuera mayor de edad para poder reivindicar los derechos de su madre y los suyos propios.

La pobre señora, viendo alejarse de su lado aquel pedazo querido de su corazón, al que su ternura auguraba mil males y contratiempos, lloró tanto que concluyó por quedarse ciega, sometiéndose sin la menor resistencia á la voluntad de su nuera y de su hijo mayor, sin que las gracias de sus nietos consiguieran esclarecer y alegrar su triste y sombría existencia.

Un mes largo hacía que su hijo menor cumpliera los veinticinco años, y aquel mes había sido para la pobre anciana, que al no verlo volver lo contaba muerto, inutilizado ó herido, una eternidad de dolores.

Al sentir la pobre señora el movimiento que sus hijos y nietos hicieron para salir de la habitación en que todos se hallaban, en que quedaba ella abandonada y sola, como indigna ya de sentir el sol sobre su pálida frente, la brisa sobre su nevada cabeza, dos lágrimas silenciosas se desprendieron de sus muertos ojos.

(Se concluirá.)

RAFAEL LUNA.

MAPA - MUNDI.



Á UNA NIÑA EN SU NATALICIO

Niña, qué á tus mejillas
ves trasladada
la color incopiable
que tiñe el alba;
tú que sonries
cual rien en el cielo
los quèrubines;
tú á quien canta hoy endechas
el alborada,
porque vino á este suelo
flor tan galana;
tú á quien envidia
la esbeltez la palmera,
gracias la ondina;
¡Ojalá! con los años
que se amontonan
se sucedan las dichas,
que nunca tornan;
y ¡ojalá! siempre
veas que tus encantos
crecen y crecen.
¡Ojalá! enamorado
de tu pureza,
el siempre cruel destino
sus leyes tuerza;
mil ilusiones
en tu redor esparzan
bellos fulgores.
¡Ojalá! niña, encuentres
una alma hermana,
noble cual el afecto
que tu alma exhala,
y los amores
siembren en tu camino
ventura y goces.
Tú que eres el objeto
de las caricias
que los padres amantes
hoy te prodigan,
muestra el tesoro,
que cobija tu pecho,
de amor y gozo.
Y ruega al cielo, niña
de dulce encanto,
que aumenten tus virtudes
los nuevos años;
feliz, dichosa
verás de aqueste día
llegar la aurora.

B. FERNANDEZ MIGUEL.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

—¿No has concluido la labor, Juanita? decía la directora un instante despues.

(1) Véase la pág. 151.

—No, señora.

—¿Por qué?

—Por... por... porque no tengo aguja.

—¿Es posible? ¿pues y las que trajiste?

—Yo...

—Responde.

—Se las he dado á Luisa.

—¿Cómo, Luisita! ¿por qué las has tomado?

—Porque yo le he dado tambien una cinta que tenia, respondió la niña encarnada como una rosa.

—Cambiada por una sortija, se apresuró Juana á decir.

—¡Una sortija! ¡oh! eso es mal hecho; venid, acá.

Las dos niñas se acercaron temblando.

—¿Quién te ha dado este anillo? vamos, dí la verdad.

—Es...

—¡Habla!

—¡Yo lo tomé de la mesa de mamá!

—¡Y lo has roto!

—Para dárselo á Luisa.

—¡Oh! las dos habeis hecho muy mal. Esta sortija es un recuerdo de familia de tu madre, Juana; lo sé por ella misma. El pelo que la adornaba era de tu abuela. Ya ves que ambas habeis cometido una grave falta, puesto que las niñas de nada pueden disponer porque nada tienen suyo, ni pueden hacer esos cambios que las trasforman en traficantes, vendedoras ó gitanas. Además, puede traer fatales consecuencias en vuestras casas y en vuestras familias; el objeto que cambiáis de más ó menos valor, ¿quién os asegura que no hace falta para algo, y que no será buscado, acusándose de haberlo tomado á un inocente? ¿Quién os dice los males, las sospechas y las lágrimas que esto puede acarrear? Así, pues, la que toma de su casa una cosa, sea cual fuere, sin que lo sepa su madre, comete un robo, y la que lo admite de su mano será la participe y la encubridora de él. Veo que mis palabras os asustan: sin duda no habíais pensado en lo mal que hacíais, y por eso os perdono: no lloreis más: toma esta sortija, Juana; toma tu cinta, Luisita, y no volváis jamás á incurrir en esta falta. Las niñas nada tienen suyo, de nada pueden disponer, no lo olvidéis nunca, para que ni deis ni aceptéis cosa alguna.

XVI.

LA MENTIRA.

—¿Qué tienes, Federico? estás muy descolorido y parece que has llorado.

—¡Ay Carlos, si tú supieras...!

—¿Qué?

—Ayer no quería yo venir á clase, porque mi madre iba á hacer una gran fuente de dulce, y yo deseaba estar allí para verla.

—¿Y la suplicaste que te permitiera quedarte?

—No; pero me fingí malo para lograrlo.

—¡Ah! eso fué engañarla.

—Cierto, pero bien me pesa hoy.

—¿Por qué?

—Porque mi madre, al creermelo enfermo, lloró y se afligió tanto, que yo no pude resistir y por la noche le confesé la mentira.

—Entonces...

—Mi mamá me perdonó el embuste; pero mi padre, que es muy severo, no creía en mi arrepentimiento, pues como había mentido una vez ya, decía que siempre sería lo mismo.

—¡Pobre Federico!

—Y lo peor es que Dios me ha castigado, que hoy estoy malo de veras, y que no me he atrevido á decirlo por temor de que no me den crédito.

—Hé aquí la pena del mentiroso, dijo el maestro llegando junto á los niños; el que nos engaña una vez no merece ya nunca que tengamos fé en sus palabras. Si no hubieses aguardado á la noche para confesar tu falta, hubieras probado que tu arrepentimiento era sincero, y Dios y tus padres te hubieran perdonado, aunque no temiste afligirlos para satisfacer un capricho.

XVII.

LA LIMOSNA.

—Un pobrecito ha llegado á la puerta del colegio.

—Es el que viene todos los sábados.

—¿Vas á darle alguna cosa, Luisa?

—Yo sí; ¡es tan viejecito! le daré un bizcocho muy hermoso que mi mamá me guardó esta mañana. ¿Y tú, Teresa?

—Yo... yo no tengo nada que darle.

—¿Pues y esas manzanas que tienes en la cartera?

—¡Las manzanas!

—Sí, las guardas ya dos días sin haberlas

comido, y al pobrecito le gustarán mucho.

—A mí también me gustan, y no he de privarme de ellas por ir á dárselas ahora; yo no soy tan tonta como tú: ¡quedarte sin los bizcochos!

Luisita no escuchó á Teresa, y bajó las escaleras de dos en dos, entregando su bendita limosna al desgraciado mendigo.

Este la tomó, y una lágrima de gratitud rodó por sus arrugadas mejillas, mientras murmuraba con tembloroso acento.

—Bendita seas, caritativa niña.

Aquella lágrima y aquella bendición se elevaron á los piés del Señor, y lavaron algunas pequeñas faltas que Luisa había cometido.

Entre tanto, Teresa sacaba las manzanas de su cartera, y exclamaba estupefacta:

—¡Se han podrido!

XVIII.

LA IRA.

—¡Ay! ¡que se van á matar!

—¿Pero de quién es ese perro, Carlos?

—Él se ha metido por la puerta, y de seguro vá á salir sin ojos, porque el gato se los vá á sacar.

—¡Y qué feo se pone! mirad: con el lomo encrespado y hecho una curva; parece otro.

—¿Pues y el perro? ¡Jesús! espanta el verlo enseñando los colmillos y con el pelo erizado.

—Echadles fuera.

—Pero ¿por qué se querrán hacer mal!

—¡Toma! Luisito, porque son animales: no tienen razón y no saben lo que hacen.

—Apártate, voy yo á arrojarlos, si no se van á matar.

—No, no, yo iré; quita.

—He de ser yo.

—Yo que lo dije primero.

—Yo que estoy más cerca y puedo más que tú.

—¿Más que yo? ahora vas á verlo.

—Ven, y verás que te...

Los dos niños, ciegos por la ira, se lanzaron uno sobre otro.

—¿Qué es esto! exclamó con severidad entrando en la clase el anciano maestro.

—Que Luis...

—Que Carlos...

—¡Silencio! estais imitando al perro y al gato.

XIX.

LA BURLA.

Julia acababa de entrar en el colegio, y traía el vestido descosido y la enagua llena de lodo, sin que hubiera reparado en esto.

Tenia también los ojos hinchados y las mejillas descoloridas.

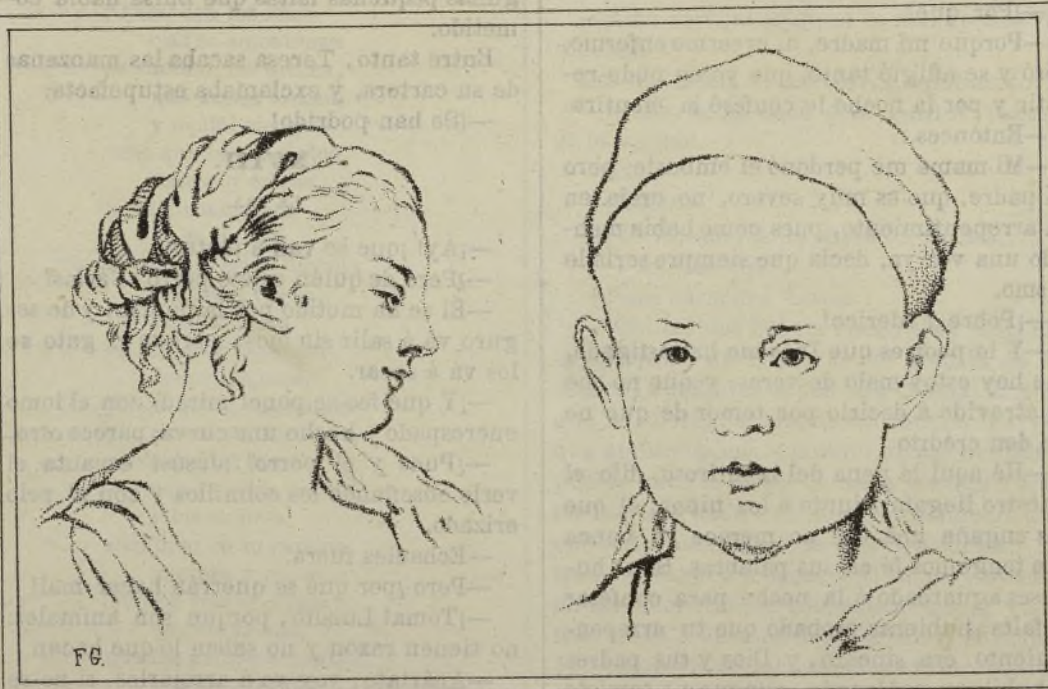
Julia sin duda venía triste, pues apenas respondió á sus amigas, que al verla aparecer le dirigieron la palabra.

Esto valió á la niña que sus compañeras la hiciesen blanco de sus burlas.

La burla es una ofensa que rebaja más al que la hace que á aquel que es objeto de ella: mezquina y rastrera, se oculta con el velo del disimulo y hiere siempre por la espalda.

Las compañeras de Julia se ensañaron terriblemente con ella: criticaron su vestido, su peinado, su silencio, todo.

Cuando fueron á escribir, Julia se apercibió de que era objeto de mofa y de risa, y



Elementos de dibujo.

procurando indagar la causa, vió su vestido roto, y sus enaguas manchadas, y el color de la vergüenza tiñó su precioso rostro.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

CHARADA

Es *prima* inmensa llanura,
ya irritada, ya tranquila;
con *segunda* es una tierra
que los campos fertiliza.
Anteponiendo la *tercia*,

segun algunos opinan,
expresa la árdua tarea
del vate que versifica.
El *todo* de esta charada,
la *cuarta* despues de *prima*,
y aún despues de la *tercera*,
nombres de mujer indican.

(La solución en el próximo número.)

Solucion de la charada inserta en el número anterior:

MARCELINO.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.